

REPENSAR LOS CAMINOS DE LOS PUEBLOS Y SUS CULTURAS

*“Quien no cree en Dios,
tampoco cree en el pueblo de Dios.
En cambio, quien no dude del pueblo de Dios,
verá también la santidad del alma del pueblo,
aún cuando hasta ese momento no hubiera creído en ella.
Sólo el pueblo y su futura fuerza espiritual
convertirá a nuestros ateos,
desligados de su propia tierra”.*

[F. Dostoievski, *Los Hermanos Karamazov*,
Ed. Bruguera, Barcelona 1979,
Libro VI, cap. 2, pág. 359.]

Al escribir unas líneas para prologar el libro *Caminos para una teología del pueblo y de la cultura*, de Rocco Buttiglione, de inmediato mi mente y mi corazón me conducen a Romano Guardini, y a través de él, a repensar a mi pueblo, el Pueblo de Dios, al que pertenezco y al que debo mi definición más profunda como persona y como Pastor.

La pasión por comprender lo “concreto viviente” fue uno de los rasgos más característicos de Guardini. Ante los irracionalismos que afirman la primacía de lo emotivo y de lo práctico con sacrificio de lo reflexivo, y ante los racionalismos que sostienen la superioridad de los conceptos sofocando la realidad, Guardini logró articular una interpretación del mundo que permite afirmar que la única manera de comprender la realidad singular y viviente de las personas y de los pueblos es a través de un acto bipolar, intuitivo y conceptual a la vez. Dicho de una manera un tanto simplificada, para comprender la verdad, es necesario sumergirse en una dialéctica dinámica entre vida y pensamiento. Sólo de esta manera es posible evitar la dolorosa fractura entre las ideas y la realidad, y su consecuencia inmediata: la fractura entre el pueblo y quienes dicen “pensarlo”, “dirigirlo” o “administrarlo”.

Conforme pasan los años, y los escenarios se vuelven más complejos, creo que Guardini, es verdaderamente un hombre que presintió el arribo del cambio epocal que se avecinaba, y ofreció las herramientas para que el mundo de la persona, con toda su interioridad característica, y el mundo de las cosas, con su insistente dimensión objetiva, no se concibieran como enemigos, sino como aliados complementarios en el reconocimiento de la verdad. Esta mirada complexiva que abraza la subjetividad y la objetividad no es un

mero irenismo filosófico sino el reconocimiento integral de la realidad que se encuentra a la base de otros reconocimientos igualmente importantes.

Guardini, siguiendo estas pistas, nos ayuda a entender que la persona y el pueblo son dos realidades entrelazadas. El pueblo, no sólo es un agregado de seres humanos, sino una comunidad de valores, de relaciones, de historia, de lengua, de creencias y de horizonte utópico compartido. El pueblo es síntesis de lo más humano que poseen las personas que lo integran, y por ello, comprenderlo a fondo, es penetrar en el fascinante misterio del ser humano en relación.¹

El libro de Buttiglione es mucho más que una reflexión sobre Guardini. Sin embargo, en cierto sentido, lo que en el filósofo italiano-alemán estaba en semilla, justamente Buttiglione lo logra desdoblar a través de sus explicaciones sobre la forma cómo en América Latina nos concebimos “pueblo” y eventualmente “Pueblo de Dios”. Para ello, rastrea no sólo las causas y los temas que motivaron la aparición de la “teología del pueblo” sino que explora con agudeza algunas de las intuiciones más queridas del recordado Alberto Methol Ferré, del pensamiento de Lucio Gera, de Rafael Tello y de Juan Carlos Scannone SJ. Así mismo, nos ayuda a redescubrir la importancia que posee el barroco latinoamericano, el significado religioso y cultural del acontecimiento guadalupano y la forma cómo los cristianos tenemos que aprender a leer la historia.

Me alegra que Buttiglione, autor que ha escrito uno de los más importantes libros sobre el pensamiento de Karol Wojtyła,² destaque que la forma de afrontar el desafío del comunismo realizada por san Juan Pablo II, si bien transcurrió en forma paralela a la lucha entre el capitalismo y el comunismo, no debe identificarse con ésta. Esta observación es aguda, ya que, desde su época como arzobispo de Cracovia, y luego como Pontífice de la Iglesia católica, san Juan Pablo II cuidó enormemente el afirmar el carácter trascendente del evangelio y de la persona humana. Esto no significa que concibiera al evangelio o la persona de manera abstracta, como realidades fuera de la historia. Lo que significa es que el evangelio y las personas, al interior de la historia, permanentemente la rebasan y permiten mantener una mirada crítica hacia todas las ideologías, sean del signo que sean.

En cierto sentido, esta también es la preocupación central en la “teología del pueblo”: ¿cómo lograr una reflexión teológico-pastoral pertinente que nos ayude a colocarnos en movimiento a favor del pueblo, a favor de los más pobres y excluidos, sin caer en las trampas de los reduccionismos ideológicos? En los orígenes de la “escuela del Río de la Plata”, el principal horizonte que se buscó superar era el de las fáciles simplificaciones que buscaban compromisos con algún tipo de pensamiento marxista, sin negar el papel que posee el “conflicto” en la dinámica social. Este esfuerzo reflexivo, fuertemente

¹ Entre otros muchos textos, Guardini medita agudamente sobre el “pueblo” y su significado, al momento de estudiar a Dostoievski. Cfr. R. GUARDINI, *Dostojevskij. Il mondo religioso*, Morcelliana, Brescia 1951, p. 333.

² R. BUTTIGLIONE, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Ediciones Encuentro, Madrid 1992.

orientado por una preocupación pastoral y popular, dio frutos buenos que son perceptibles en diversos campos, incluso en el magisterio episcopal latinoamericano.

¿Qué nos puede ayudar a comprender al pueblo, y en particular al santo Pueblo fiel de Dios, sin distorsionarlo, sin manipularlo, sin sacrificarlo? ¿Qué nos puede ayudar “pedagógicamente” a corregir la mirada puramente instrumental o ideológica, a contener nuestros secretos deseos de poder, a evitar cometer traición contra las personas, en especial, contra las más vulnerables y excluidas?

Soy de la opinión que en el fondo la respuesta a esta pregunta implica una cuestión de fe: mantenerse fiel a la certeza de amor que Jesucristo nos comparte. Sin embargo, para que esto no suene abstracto es preciso mirar cómo la certeza de la fe se encarna en la cultura de los sencillos y cómo se expresa por vía simbólica. A este respecto he escrito en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: “Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).” (EG, 125).

En efecto, la piedad popular es un lugar teológico, es decir, un lugar que con autoridad nos muestra aspectos relevantes de las verdades de la fe. René Laurentin y Hans Urs von Balthasar, cada uno con su lenguaje, ya nos habían enseñado que la vida de la Iglesia, la vida de los fieles y de los santos, son fuente que anuncia la existencia y el mensaje de Jesucristo de una manera peculiar.³ Esto, trasladado a nuestro contexto, conlleva que quienes viven la experiencia de la piedad popular y se descubren a sí mismos en su interior, se tornan instancias de testificación de la verdad revelada. Dicho de otro modo, la piedad popular no sólo contiene “semillas del Verbo” – como decían los obispos en Medellín (1968) – sino “frutos” del Verbo de Dios en el corazón de las personas y de las comunidades – como reconocimos en Aparecida (2007) –. Por eso es que no es artificial que también hablemos de “espiritualidad popular”, porque es el Espíritu el que santifica también la vida a través de los símbolos, oraciones, cantos y peregrinaciones que marcan la vida de muchos miembros de nuestros pueblos, aún hoy.

Buttiglione observa agudamente que las múltiples formas de esta religiosidad en América Latina resisten a las comprensiones secularizantes de la vida social y de la Historia. Esto,

³ Cf. R. LAURENTIN, *Développement et salut*, Seuil, Paris 1969, p.p. 13-14; H. U. VON BALTHASAR, “Teología y santidad”, en *Ensayos Teológicos I. Verbum Caro*, Ediciones Encuentro – Ediciones Cristiandad, Madrid 2001, p.p. 195-223.

es uno de los muchos signos que nos permiten entender que América Latina posee una especificidad propia en su dinámica social y cultural. Especificidad que no puede ser explicada cabalmente desde modelos de interpretación social construidos en otras latitudes. En efecto, las teorías de la secularización y las teologías que de algún modo se inspiraron en ellas, encuentran en la piedad popular un contrapunto que debería ayudarlas a corregirse y a reformularse. En cierta medida, el fracaso pastoral de las formas ideologizadas de teología de la liberación se puede explicar precisamente aquí: el marxismo, para ser verdad, debería correr a la par de un proceso de secularización creciente. Por el contrario, el pueblo pobre latinoamericano, muchas veces vive el dolor y la exclusión desde una experiencia espiritual singular que le da esperanza, y que mueve a la fraternidad y a la lucha por la justicia, sobre todo en momentos de grave urgencia o emergencia.

Esta experiencia espiritual y popular, que incluye peregrinaciones a santuarios, piedad mariana, devoción a diversos santos, oraciones silenciosas ante las pruebas de la vida, y otros muchos gestos espontáneos de nuestro pueblo más sencillo, colabora a la configuración de la conciencia personal y comunitaria. Entiendo bien que a ciertas élites puede resultarles un poco extraña esta constatación. Sin embargo, nada más aleccionador a este respecto que la pastoral con los más pobres. En la amistad con los pobres, en el servicio cercano y solidario con ellos, se develan verdades peculiares que fortalecen la fe y hacen amar más hondamente a nuestros pueblos y a sus respectivas historias.

Es imposible negar, sobre todo en las grandes urbes, que la secularización ya sea por vías modernas o postmodernas, acontece en importantes segmentos de la población. Sin embargo, simultáneamente, es un hecho que existen también procesos sociales y culturales que desafían estas tendencias, y que en cierto sentido las colonizan, haciendo de la realidad social contemporánea de América Latina algo complejo, que se resiste a ser definido a través de un solo rasgo.

Uno de los hechos empíricos en los que más me gusta pensar a este último respecto es la piedad mariana latinoamericana. La peregrinación constante a santuarios dedicados a la Virgen en toda la región persiste. Por eso, las páginas que Buttiglione dedica a meditar el caso del significado religioso, cultural y social de la Virgen de Guadalupe son pertinentes, y sin duda pueden enriquecer el horizonte no sólo de la teología del pueblo sino de la pastoral de la Iglesia en la región latinoamericana, de cara al Jubileo del año 2031.

En la imagen milagrosa de Santa María de Guadalupe y en los diálogos que ha mantenido con San Juan Diego, consignados en el *Nican Mopohua*, no hay ningún mensaje amenazante, no hay condena alguna. Todo es ternura, misericordia y acogida. De este modo, la “inculturación del evangelio” en tierras americanas, comienza a través de una pedagogía que privilegia el kerygma antes que la norma, el encuentro antes que el conflicto, y el abrazo a todo lo santo y verdadero que pueda haber en la religiosidad prehispánica. No es la lógica de la espada sino la de la Encarnación (sólo lo asumido es redimido, decía San Ireneo) la que inaugura un proceso de reconciliación social y de

eventual mestizaje no sólo entre razas, sino entre culturas que se nutren entre sí y dan lugar a una nueva síntesis: popular, mestiza, barroca y cristiana.

En el acontecimiento guadalupano se inaugura un proceso que luego se dilatará por vía de advocaciones marianas diversas, desde el Río Bravo y hasta la Patagonia. América Latina será evangelizada por hombres y mujeres de fe que bajo el amparo de la Virgen arriesgan y ensayan, avanzan y aprenden. Una “Iglesia en salida” diríamos hoy. La primera evangelización de América Latina fue guiada, más que por un plan estratégico, por la fuerza del Espíritu, y custodiada por el amparo materno de María. Gracias a la apertura de corazón de los primeros misioneros, la Iglesia no quedó pasmada o aletargada ante los novísimos desafíos culturales que implicaba el “nuevo mundo”, sino que apostó decididamente por la permanente novedad del evangelio, por su capacidad de sorprendernos a todos y por su fecundidad para generar nuevas realidades. En el actual contexto, con formas y modalidades tal vez nunca antes vistas, esta dinámica está llamada a vivirse no sólo en América Latina sino en el mundo entero. Por eso me alegra que un filósofo italiano explore a través de los diversos ensayos que integran este libro, los fundamentos de una nueva presencia cristiana en el contexto cultural contemporáneo. El libro de Buttiglione, es evidentemente una obra pensada desde Europa pero que se deja provocar por experiencias latinoamericanas, y gracias a ello, logra reflexionar de manera original algunos asuntos centrales de los escenarios mundiales contemporáneos.

Buttiglione también nos introduce en diversos temas de orden estrictamente filosófico que dejo de lado y que seguramente serán objeto de discusión entre especialistas. Sin embargo, me llama positivamente la atención que la manera como concibe la filosofía, guarda un cierto “aire de familia” con la manera como aprendí a pensar a través de mis maestros formales e informales a través de la vida. La filosofía, en efecto, muchas veces es presentada en las facultades universitarias como una teoría, o como un conjunto de doctrinas dispares y contradictorias. En el presente libro, la filosofía se presenta como una práctica en la que el ser humano reflexiona su momento histórico y, simultáneamente, es capaz de trascenderlo, gracias a que la razón logra remontar los condicionamientos del propio contexto. Esta manera de entender la filosofía, para Buttiglione y para su maestro, Augusto Del Noce, permite interpretar “transpolíticamente” el significado del pasado y del presente, con el fin de poder comprender nuestra realidad de manera más sapiencial, desde una antropología robusta, como es la propia del personalismo filosófico y teológico. Esta aproximación, tiene distintos rendimientos, entre los cuales destaca el comprender que la filosofía avanza cuando, luego de estudiar las diversas opiniones y controversias, se logra descubrir una síntesis superior que reconoce la pequeña o gran dosis de verdad de cada postura.

Cuando miramos a los grandes maestros del pensamiento cristiano de todas las épocas, no encontramos algo distinto. Todos ellos, son precisamente grandes porque aprenden con humildad a partir de una suerte de simpatía con sus antecesores, purifican su mirada a la luz de la certeza que les brinda la fe, y buscan expresar sus hallazgos realizando nuevas síntesis complexivas en las que se advierten las herencias recibidas, y al mismo

tiempo, se percibe la originalidad de quien fue capaz de abrir la mente a un nuevo horizonte de comprensión, más integrador, más pleno, más “poliédrico”, si se me permite la expresión.

Mi amigo Alberto Methol Ferré se definía a sí mismo como un “tomista silvestre”. Detrás de esta expresión que puede resultar hasta jocosa, se encerraba la convicción de que pensar el ser con rigor, habiendo aprendido las grandes lecciones de santo Tomás de Aquino, no puede jamás conducir a una mera repetición mecánica de algunas fórmulas, de algunos conceptos, sino a una original reflexión racional informada por la fe cristiana, integradora, realista y libre. Rocco Buttiglione también se inscribe en este tomismo esencial, que se atreve a ir más allá de la repetición o de la petulante erudición, y que recupera a la filosofía cristiana como auténtica pasión por la verdad, como diaconía de la inteligencia, como camino de servicio a las personas, a los pueblos y a sus culturas. Dicho de otro modo: estoy convencido que de nada sirve estudiar mucho si no es para amar y servir. La inteligencia no culmina su itinerario al alcanzar la verdad en el juicio, sino más bien lo hace cuando la persona toda se compromete a entregarse libremente como don a los demás. Es el amor el que plenifica a la razón, y de hecho, es el que le abre nuevas sendas y perspectivas. Una vez más, vale la pena recordar que el amor es “*via cognitionis*”, camino para el conocimiento, como decían algunos escolásticos.

Espero sinceramente que este libro suscite una apasionada discusión y motive a repensar los caminos que los pueblos y sus culturas necesitan recorrer para vivir con dignidad y para reencontrarse con Jesucristo en el contexto del cambio de época. Que así sea.

Roma, 28 de enero de 2022
Fiesta de Santo Tomás de Aquino